



Presencia Nortesantandereana en la Historia de Colombia



Brigadier General
JOSE JAIME RODRIGUEZ R.

"Cuando Bolívar entra a hacer su Campaña de 1812, que se resuelve en la feroz guerra a muerte, su campo de acción inicial es la propia tierra en donde se había iniciado la Revolución de los Comuneros. Así se explica la inmediata decisión, con que le siguieron los del pueblo, felices de hallar, no un Capitán a quien tuvieran que convencer a la fuerza, sino uno que los forzaba a ellos mismos a hacer la guerra que más querían. Este es el valor fundamental que tiene la Revolución como antecedente de la guerra".

GERMAN ARCINIEGAS

No podía, quien tiene a privilegio hablarles hoy, haber faltado a esta cita honrosa sin advertir que ello hubiese sido grave falla y, más que eso aún, error sin enmienda o hecho sin explicación de posible disculpa por ustedes, dado que el honor dispensado tenía carácter de impostergradable y exigía saber entenderlo con agradecida postura y buscar cumplirlo en la mejor forma posible.

Lo expuesto informa porqué, con velas inflamadas por un sincero afecto a esta tierra hidalga, volé desde la Patria de Rubén Darío par atender el llamado de participación en esta conmemoración centenaria de la historia de Cúcuta, pleno de certidumbre en que mi tarea modesta hallaría dispensa para poder corresponder la nueva deferencia que ustedes, han tenido con este servidor, que busca rememorar algo de las glorias de Santander del Norte.

Esta la razón de mi presencia entre ustedes, como presentación de un sol-

dado, hasta hace pocos meses activo en nuestro Ejército, que en su último encargo militar tuvo el privilegio de llegar varias veces a esta villa "muy noble, valerosa y leal", como reza su escudo, a nutrirse de ejemplos cívicos difíciles de igualar y a recibir honores que nunca imaginó y que solo confirman, en este caso personal, la realidad de una excesiva largueza para con quien fue Director de una noble Institución que aquí ha escrito páginas memorables en el capítulo de la solidaridad humana y de la diligencia en favor de otros.

Me refiero señoras y señores, al hecho significativo de haber sido honrado por la Gobernación y la Alcaldía de este Departamento y de esta ciudad, respectivamente, con las medallas, que perpetúan con tanta justicia, el nombre epónimo del más ilustre prócer Granadino y de la mártir que, por antonomasia, es signo, es luz y es paradigma de nuestras heroínas, por la dimensión de su ejemplo silencioso y discreto al bordar en hilos de oro, el



Brigadier General
JOSE JAIME RODRIGUEZ R.

uniforme anticipado para la libertad que ella no alcanzó a conocer porque fue más sagaz y más fiera la venganza y el escarnio que cegaron su vida, ante sus propios hijos y en su casa.

Bien quisiera, por ello, en rasgo que pudiese probar mi respetuosa y conmovida manifestación de gratitud, por cuanto he recibido a cambio de nada de mi parte, lograr que la opacidad de mi saber cobrara luces para hacer la elegía que merece, dentro del cupo histórico de Colombia, la presencia constante de tantos valores nortesantandereanos, desde el inicio de sus tradiciones hasta el claro día de esta cita. Sé, no obstante, que no será posible allanar el vacío que existe entre este anhelo y mis capacidades y, por ello, a cambio de aquello que no podré cumplir cabalmente, dejo el reto para que otros que lo puedan, se dejen persuadir de la importancia de esta empresa de señalar la ruta histórica, transitada por el pueblo de estas tierras, nacido a la libertad por los caminos exigentes de la hazaña.

Así entendido el compromiso, aspiro a bosquejar aquí, a título de colombiano y de soldado de buena voluntad, que no de investigador oficioso y conocedor de la crónica Regional, una

apretada síntesis sobre la participación de Santander del Norte en la Historia de esta Patria común, a través de su constante actuar y de la remembranza de nombres y sucesos principales de su vida lugareña.

Sentada esta premisa, me parece indicado iniciar su análisis recogiendo algunos antecedentes "causa-efecto", para precisar cómo la actividad de esta zona colombiana ha estado y estará siempre, estrechamente ligada con destino nacional. Para ello, juzgo indispensable la consideración de los temas siguientes:

- Evidencia Histórica de una Raza.
- Figuras Nortesantandereanas en la Historia.
- Proyección Histórica de Santander del Norte.

Ahora entremos en materia:

1º Evidencia Histórica de una Raza:

Mal cabría aceptar que el destino de los seres y de los pueblos, fuese cosa del azar o cuestión condicionable en su totalidad, por el hombre, como sujeto o ente histórico. Anticipo por ello, como base de análisis, la casualidad plena en los hechos humanos y propongo a ustedes, con debido respeto, aceptar que existen causas que cuestionan todo proceso generador de historia desde puntos de vista íntimos y externos, remotos e inmediatos, reales o aparentes, variables o inmodificables, en cuyo análisis hallarán siempre los, devotos del quehacer humano, ancho cauce para la investigación e interpretación de cada hecho a fin de señalar por qué los hombres y los pueblos tienen una constante vital y un perfil que los distingue.

Basados precisamente en los procedimientos inductivo y deductivo, los

maestros del campo investigativo han formulado la novedosa tesis del "Tiempo Espacio Histórico", para orientar debidamente el estudio de los concomitantes de la actividad del hombre a través de los siglos, con miras a evitar que la apariencia sustituya a lo real o que lo simulado oculte el sentido categórico de la autenticidad.

La doctrina expuesta permite hoy afortunadamente, trabajar, con herramienta científica, el proceso histórico con una dirección juiciosa e imparcial de los factores sociológicos, raciales, económicos, espirituales, autónomos y de relación, para llegar a conclusiones acertadas sobre el proceso humano dentro de sus limitantes inexorables de Tiempo-Espacio-Materia y Movimiento, como condicionantes de un solo y último hecho que resume el Cosmos.

Aquí el momento para precisar por qué la crítica Histórica debe conducirse con método Socrático, con el objeto de asegurar que no se sumen antecedentes, tomados sin la debida condición analítica, para llegar a interpretaciones unilaterales, sino el proceso científico el que orienta la investigación para llegar a conclusiones que descarten los límites de error de apreciaciones subjetivas, simplemente inaceptables en asuntos de Historia que, por sobre todo, deben estar argumentadas por verdades y evidencias.

Llevado este criterio al campo de nuestra intención, queda bien advertir que en la historia de este Departamento se manifiesta claramente la simbiosis Hombre-Medio ambiente, desde siglos atrás a los del descubrimiento, conquista y colonia, y que en su evolución siempre estuvo presente una raza aborígen, no autóctona de América ciertamente, y otras que hicieron acto de presencia después de haberse amalgamado por siglos en el crisol de

un encuentro mediterráneo que recibió influencias de todos los pueblos antiguos, por rara coincidencia.

Por lo expuesto es fundamental aceptar que el origen del hombre americano encuadra plenamente dentro de las hipótesis Paleoasiática del estrecho de Bering - Australiana del Continente Antártico y Malayopolinésica del Océano Pacífico, que señalan la ruta de las migraciones cumplidas por el hombre, ser trashumantes por excelencia, desde una época cercana al período Neolítico Inferior, hace algo más de 40.000 años.

En cuanto a Colombia se refiere está aceptado que a su interior llegaron migraciones Centro y Suramericanas para la familia Muisca y de las Antillas Menores - Guayana - Amazonia y Norteamérica para la caribe desde tiempo muy antiguo que señala su existencia precolombina, a la llegada del Descubridor.

De estos asentamientos étnicos cupo a nuestro País señalar una cultura indígena que ocupó el tercer lugar entre las existentes en América Indígena, desde el punto de vista del grado de civilización logrado, y el primero, políticamente hablando, por haber alcanzado una cohesión avanzada, una estratificación social definida, un régimen tributario organizado y un concepto definido sobre la propiedad privada y sobre los deberes y derechos del Estado y del individuo como tales.

Para el caso de Santander del Norte, cuya realidad andina lo aferra a la cordillera Oriental, fue evidente la presencia de las dos grandes ramas indígenas, a saber: la Muisca o Chibcha que ocupó esta troncal desde el nudo sw huaca hasta la costa norte, con asentamientos muy prósperos en Bogotá - Nemocón - Tunja - Ubaté - Chi-

quinquirá - Sogamoso - Los Llanos y la Mesa de los Santos. También la Caribe, origen de los Muzos y los Panches, que ocuparon tierras de Santander - Boyacá y Cundinamarca y de los Quimbayas y Pancuras (Cordillera Central) - Pijaos (Tolima y Caldas) - Calimas (Valle del Cauca) Chocoes (Chocó y Antioquia) - Paeces y Guambianos de Tierradentro (Cauca) y Yucomotilones de la Sierra de Perijá, en Santander del Norte.

Se define así, en forma concreta que el tronco étnico del habitante de estas tierras deriva de las migraciones extracontinentales como americano y de las de orden interno, como familia y como cultura, precisando con esto que, pese a no ser autóctonos de origen, si consolidaron un núcleo racial definido y puro, como aborígenes organizados socialmente y comprometidos con un destino propio, que afloró maravillosamente a su nivel, y que se vio interrumpido bruscamente al enfrentarse con la cultura aquí traída por el conquistador.

Por la realidad indiscutible que ofreció este episodio y los subsiguientes de sometimiento y de inducción Europea, en toda su consideración socio-política, bien resulta aclarar que el grupo Caribe, fue, por excelencia, un núcleo étnico esforzado y aguerrido, hostil y belicoso, pujante en sus empresas dominadoras y valeroso, hasta la temeridad, en sus empeños continuos contra las reservaciones de sus vecinos, a los que sometió sin reparos, gracias a su textura física, a su adiestramiento para el arte guerrero y a su probada fogocidad en los combates.

Esto explica por qué fue en estas tierras Nortessantandereanas donde los españoles, que venían de una lucha cuatro veces centenaria contra los mo-

ros, que no daban cuartel, encontrarán un contendor que no plegó su brazo ante la cita con la muerte, ni hincó su rodilla, como otros, a las exigencias perentorias o bárbara crueldad del invasor peninsular, como pasaremos a verlo.

2º Figuras Nortessantandereanas en la Historia.

Fue empresa difícil pero, al fin de cuentas, adecuada a la categoría de quienes la emprendieron y consolidaron, poniendo para ello toda su capacidad y condiciones exigidas por las circunstancias, ésta de la incorporación Nortessantandereana a los programas de conquista y colonización de los nuevos dominios que en América logró agregar la corona de España.

Su realización fue asignada, desde el principio, por una exigencia que fue siempre imperativo categórico: Merecerla y confirmarla plenamente porque aquí, señoras y señores, tuvo que ganar palmo a palmo, cada conquistador el suelo que pisaba y hubo de permanecer vigilante y atento, cada instante, para poder asegurar el derecho de seguir viviendo cada nuevo día de su existencia ya que el mandato fue morir luchando.

Díganlo sí no, para probarlo, las frases del Comisario Capuchino, Fray Andrés de los Arcos cuando, al referirse a los Motilones de Perijá, escribía a su monarca.

"Esta bárbara nación pudiera Señor, poco a poco domesticarse y ser atraída por los misioneros al suave yugo de la fe de Jesucristo y obediencia de Vuestra Majestad, ayudados de una escolta de 12 o 14 soldados que, pagados de las reales caxas, estuviesen siempre a disposición de los misioneros para que estos, cuando les pareciese oportuno,

pudiesen con su resguardo penetrar en el territorio de los bárbaros y hablándoles con la suavidad propia de su carácter, irlos poco a poco amanzando con los doncellitos propios de su genio y otros arbitrios de la caridad cristiana”.

Para entonces, los Motilones ocupaban toda la zona de los Santanderes y los valles de Grita y San Cristóbal hasta Barinas, lo cual presupone su número crecido, su organización adecuada y su decidido coraje, para oponerse a la invasión hispana.

Dígalo, igualmente, la permanente rebeldía de los Guanes en la Mesa de los Santos y Géridas - De los Chitareros en la zona que hoy ocupa Chinácota y Pamplona - De los Carates - Cocinas - Cáchiras Teoramas - De los Macaritamás - Bocalemas y Labatecas, que habitaron los valles y montañas de esta vecindad, a la llegada de los arrogantes conquistadores peninsulares.

Dígalo, también, la dolorida peregrinación del Tudesco Ambrosio Alfinger, desde Coro hasta Chinácota, donde fueron derrotados sus huéspedes veteranas y donde él mismo rindió su último aliento a manos de los Chitareros, que así vengaron la osadía y la rudeza del dominador europeo.

Dígalo, asimismo, el registro de aquellos caciques valerosos que entregaron su vida en fiera lucha contra los españoles de postura indomable, perpetuando con este sacrificio temerario la razón de una causa defendida con orgulloso sentido de la inviolabilidad de lo que es propio y que exigió pelearse hasta la muerte por caciques de leyenda, como fueron: Guanentá y Butaregua - Cúcuta y Hacarí - Cínera y Guaimaral, a cuya memoria rindo mi admiración sincera de soldado.

Dígalo, por último, la muestra varonil, por paradoja que les ruego aceptar, de la indómita princesa Zulía, hija del cacique Cínera y de otra princesa de una tribu con la que guerreaba su padre por la parcialidad de Géridas, hasta cuando el amor permitió conocerse y desposarse a estos Romeo y Julieta de la historia indígena de estas tierras, dando así derecho a la vida a esta hermosa niña en cuyo destino le tocaría vengar la muerte de su progenitor, perpetuando con ello la realidad de una trilogía de dolor, belleza y valentía, que en ella se hizo realidad, para orgullo de su raza.

Cuenta la tradición a este respecto, que mientras Zulía cumplía ante los indómitos Guanes, de donde provenía su madre, una misión de acercamiento para lograr su ayuda con el fin primordial de organizar la resistencia india contra el tenaz y avasallador español que amenazaba los dominios indígenas, de cuyo reducto era entonces su padre un anciano indefenso, cayó sobre él Diego Montes con numeroso y bien provisto ejército que diezmó en forma cruel e inhumana a los nativos llevando al propio Cínera a una muerte que resulta todavía absurda por lo inútil e injusta y que califica al conquistador como verdugo sin piedad. Al respecto el eminente historiador cucuteño Carlos Jácome señala:

“Sobrecogidos los indios a la vista de hombres blancos con barbas, montados a caballo y manejando a discreción el rayo, el trueno y la muerte, no contestaban sino alaridos de terror a la voz del bravo Cínera que, despreciando las armas de los enemigos, opuso resistencia; pero todo fue inútil; los indios que pudieron escapar de aquella matanza horrorosa se rindieron sin condiciones y el infeliz cacique pa-

gó en el mismo acto con su vida el valor que había demostrado en el combate. Las grandes riquezas de Cínera consistentes en oro, plata y piedras finas y las mujeres de su casa y su tribu, fueron repartidas por Montes entre sus ávidos soldados.

"Zulia no podía dar crédito a la relación que los Cáchiras le hicieron de aquel terrible cataclismo. Despojose de sus reales atavíos para disfrazarse con el traje de uno de sus vasallos y aprovechándose de las sombras de la noche pudo llegar a los límites de su residencia. Al ver a la luz de la luna el cadáver de su anciano padre, pendiente de las altas ramas de un caracolí, balanceado por el viento, un grito de agudo dolor se escapó de su pecho, lágrimas de indignación brotaron de sus ojos y un voto de odio y un juramento de venganza estremecieron su brioso corazón. Volvió silenciosa pero resuelta a donde la esperaban los suyos y en desarrollo del valiente plan que en breves momentos había concebido, envió un comisionado a cada una de las parcialidades de los Cúcuta, Chitareros, Bocalemas, Labatecas y Guanes y ella se situó en el valle en que hoy está construida la ciudad de Pamplona a esperar el resultado de sus proyectos.

"Poco tiempo después tenía a su alrededor más de 2.000 hombres no solo dispuestos a combatir, sino electrizados por la presencia de Zulia pues la fama de su deslumbradora belleza, de su bondad y de su valor indomable se habían extendido por toda la región.

"Uno de los principales jefes que concurrieron a la expedición fue el gallardo Guaimaral, hijo adoptivo del indio Cúcuta. Se presentó con lucida hueste a la defensa de Zulia y por su indiscutible valor, su arrogante apostura y el entusiasmo que infundía en

los suyos, fue proclamado segundo jefe del ejército.

"En el plan que concertaron para atacar a los españoles en Arboledas, se convino en dividir la expedición en dos cuerpos; uno al mando personal de Zulia, compuesto de los Guanes, Labatecas y Cáchiras que darían el asalto por el sur, esto es, por el camino de Cucutilla; y el otro bajo la dirección de Guaimaral, obraría por el camino de Salazar, hacia el norte. Este cuerpo estaba formado por los Bocalemas, Chitareros y Cúcutas y contaban de 1.000 hombres.

"Fijados como estaban el día y la hora del asalto, se efectuó con éxito asombroso.

"Diego de Montes estaba completamente descuidado. Las grandes riquezas que encontró en el campamento de Cínera y las bizarras indias que capturó, ocuparon tan preferentemente su atención que no sospechó siquiera la venganza que le preparaban sus enemigos y no se cuidó de vigilarlos porque los creyó aniquilados.

"Montes pagó con su vida la sangre que meses antes había hecho derramar en Sulasquilla y sus soldados, en vez de dueños, quedaron esclavos de los indios. El caserío que el español había comenzado a fundar fue arrazado por sus cimientos, los vencedores recuperaron sus mujeres y sus riquezas y Zulia, triunfante y orgullosa, celebró ostentosamente su enlace con el brioso Guaimaral".

La misma dura prueba, sin embargo, repitió el destino contra Zulia y Guaimaral más tarde, cuando Diego Parada, en destroz salvaje acribilló a balazos a la soberana india cuando luchaba fieramente ante su ataque, ahogando para siempre la felicidad de su esposo Guaimaral, quien agobiado por

el peso de la muerte de Zulia abandonó, como gitano del dolor, sus predios para dedicarse a fundar, donde le fue posible, nuevas parcelas con el nombre imborrable de su cacica amada, llegando a perpetuarla con relieve en nuestra historia.

Pese a las dolorosas escarmientas suscitadas por el porfiado español, "se necesitó casi un siglo para que otro hombre atrevido, Antonio Jimeno de los Ríos, en 1648, viniese a pacificar las parcialidades de los Chinácotas y Labatecas de la nación de los Motilones: larga y cruenta fue esta guerra; el castellano, puntilloso aunque de letras escaso, la sostuvo contra los indígenas durante varios años, hasta el de 1662, por la casual coincidencia de que allí ya es un solo el volumen de aguas del Táchira y del Pamplonita, lo que le favoreció para perpetuar así su nombre en el de la empresa a que consagró sus fuerzas".

Aún hoy, en pleno siglo XX, y ya dentro del límite soberano de la República y del Departamento de Santander del Norte, siguen nuestros hermanos motilones presentando arisca resistencia a la invitación familiar de incorporarse a su nacionalidad colombiana.

Será prueba evidente ésta, si o no, de que la raza Nortesantandereana, tiene un sitio de preferencia en nuestra historia?

Si tal fue la estirpe de los moradores de estas latitudes a la llegada de los conquistadores, vale la pena detenernos, ahora para hacer el análisis de aquellos intrépidos soldados que, sacrificando su propia comodidad y dejando su civilización, se adentraron, sedientos de aventura y de riquezas, en los desconocidos y peligrosos dominios de su Rey, en otro mun-

do, para escribir nuevos capítulos a su ya larga historia de probada bizarría.

Como quiera que la raza es credo histórico, nada mejor que definir la del recién llegado a estos suelos, allá por la época de los Borbones y de los Hasburgos del siglo XVI, transcribiendo la admirable página que, escribiera para la Universidad de Michigan, hace algunos años, el catedrático de Washington University, Carlos García Prada, santandereano de cepa y corazón, y que dice a este respecto:

"La vieja España, que fue en los comienzos de su historia dominada por gentes de tipo y de nacionalidades diferentes, vio en el siglo XV fundirse en su seno la sangre de muchas y muy diversas familias humanas y sufrió por consiguiente una regeneración brillante y complicada que ofusca los ojos aún del más sereno observador: Celtas e Iberos formaron los núcleos principales entre los pobladores de la Península, cuyos nombres ha recogido la historia; en ella se juntó la sangre impetuosa de los árabes y beduinos venidos a España del Oriente y del norte Africano a la del Romano solemne, fuerte y armonioso de la Italia Meridional; en ella se amalgamaron los Galos indomables y fieros con los Godos soñadores y románticos, allí hizo cópula fecunda el Fenicio aventurero e industrial con el Sajón ordenado, metódico y sentimental. La sangre de todo el mundo conocido entonces, corría, pues, por las venas españolas. Y a la mezcla de razas se unió naturalmente la de las ideas, las costumbres, los sentimientos y las concepciones filosóficas y estéticas, propias de cada una de tantas y tan diversas colectividades.....

"Bajo las banderas gloriosas de los Reyes católicos militaba un pueblo pro-

fundamente humano y cosmopolita que más tarde hubo de cristalizarse, si tal pudiera decirse, en el tipo de hombre impetuoso, orgulloso, fuerte, tosco, sañudo, galante y mistificador, en una palabra, individualista, del conquistador y del colono de las Américas. Este tipo es español, netamente español y nada más. No lo hallaremos en ninguna parte del mundo fuera de España y en ningún tiempo fuera del de la conquista y la colonia de América....

"Este hidalgo, con alma Castellana, fue en Europa soldado, místico o inquisidor, quiso conquistar a Dios a golpes de sentimiento o destruir por el fuego a quienes se opusiesen a su fe enardecida de católico.

"Acá, en América, combatió contra los indios, quiso sorprender repentinamente el misterio y el encanto de nuestras selvas, nuestros valles, nuestros ríos y nuestras montañas; se aventuró por todas partes, aniquiló imperios milenarios y arrasó cuanto encontró a su paso de vencedor. En Europa el hidalgo pensó, meditó, soñó, hizo penitencia para alcanzar el perdón de sus pecados; compuso dramas, comedias y novelas inmortales; construyó catedrales, iglesias y conventos a centenares; sojuzgó pueblos enteros y fundó universidades y organizó de una monarquía vastísima y variada. En América destruyó civilizaciones, catequizó a los indios, convirtió en polvo de miseria los templos religiosos ancestrales y colocó sobre las altas cumbres de nuestras montañas la cruz del cristianismo, deseoso como estaba de imponer a toda costa sus ideas y costumbres, sus pasiones, su lenguaje, su religiosidad, en una palabra, anhelos o como estaba de eternizar entre nosotros su personalidad humana compleja y formidable. Sediento de infinito y eternidad, el hidalgo dió de sí cuanto tuvo para vi-

vir y para sobrevivir en sus obras y en sus pensamientos.....

"Y por ello nos sorprende España. Su personalidad es demasiado compleja, cambiante y variada. No cabe en fórmulas de ninguna clase. Pueblo de santos, de poetas, de soldados, de místicos, de pícaros, de teólogos y de prostitutas, de cortesanías y de bandidos, de nobles y de villanos era ese pueblo español que vino a nuestra América...

"La España castellana y heroica nos dió sus conquistadores. La España culta y decadente nos dió sus colonos. Se nos vino la Madre Patria toda entera trayendo consigo todos sus vicios y todas sus virtudes".

Tendría o no razón este modesto conferencista que ahora les habla, de afirmar al comienzo de este aparte que fue empresa difícil pero, al fin de cuentas, adecuada a la categoría de quienes la emprendieron y consolidaron poniendo para ello toda su capacidad y condiciones exigidas por las circunstancias, ésta de la incorporación Nortessantandereana a los programas de conquista y colonización de los de nuevos dominios que en América logró agregar la corona de España?

Sin duda alguna queda demostrado que estos primeros períodos de la historia arrojan saldos favorables a la condición humana de nuestros abuelos indígenas y conquistadores a cuya acción recíproca se hizo referencia, para dejar en claro la constancia de que en ellas cupo a los hijos de estas tierras Nortessantandereanas dejar en alto sus valores, conforme lo exigieran las circunstancias y viscitudes que hubo de enfrentar.

Terminada la conquista con el indiscutible predominio español en las nuevas posesiones de ultramar, sigue el largo período de la colonización, en

cuya prolongada estación de algo cercano a los 3 siglos, se perfiló un nuevo tipo racial, derivado de la fusión de sangres del substrato indígena con la del español, modelando al mestizo que desde el siglo XVI, y más exactamente, desde el XVIII y XIX cobró conciencia clara de su destino y orientó sus acciones a confirmarlo, contra toda oposición o circunstancia adversa.

No sucedió lo mismo en las dos primeras centurias de la época siguiente a la conquista, ya que, para nuestro caso lugareño, la acción de los llamados "Conquistadores Pacíficos" o "Misioneros Católicos", orientó su tarea evangelizadora desde 1543 en Pamplona, con las comunidades Franciscanas y Agustina y la de los hermanos de San Juan de Dios para mantener en sujeción total, bajo dictados religiosos, a la nueva sociedad que halló orientación en los campos rutinarios de la época y modeló un programa de vida, ciertamente ligado a la Iglesia y al hogar, en el que la iniciativa privada, o el sello de lo autónomo, no tuvieron cabida.

De esa época, ésta provincia Nortasantandereana recuerda particularmente la obra del cura español Fray Luis Salgado, por su proyección catequizadora y por su tenaz empeño morigerador de las acciones oficiales, en favor de los reductos indígenas y las agrupaciones urbanas.

Se concretó así, el derrumbamiento definitivo de la religión india y se cumplió el mandato de encontrar nuevas almas para la de Cristo, ya que ésta fue la consigna impartida, y su realización plena. Por eso, al dominio estrictamente castrense impuesto por los conquistadores se juntó parejamente el de los religiosos impuesto por las vías a veces menos indicadas, por los obispos que desde 1514, con la llegada de

Fray Juan de Quevedo compañero de Pedrarias Dávila, pugnaron por la imposición del Dios verdadero entre las gentes de las nuevas colonias españolas. Otro tanto cumplió Monseñor Calatayud.

Razón sigue teniendo García Prada, cuando esgrime argumentos al respecto, al señalar:

"En España el individualista evolucionado paró en soñador de finas quimeras y utopías y llegó más tarde a engendrar el tipo interesante, medio sombrío y medio luminoso, del místico que, impulsado por exaltada fiebre religiosa se convirtió en inquisidor, hombre cruel, seco, triste y agresivo, que quemaba pueblos y ciudades y martirizaba a viejos, a niños y a mujeres, a nacionales y a extranjeros, tan solo porque no siguiesen, estos o aquellos, los dogmas o prácticas de la iglesia católica. Y si no fue el inquisidor, fue entonces el conquistador. Estos dos tipos se complementan: en realidad son uno solo, aunque en apariencia sean dos, debido a los campos diferentes en que actuaron y debido a la diferencia que tenían las misiones que a los dos les cupo cumplir en la vida.

"Inquisidor o conquistador: he aquí el calificativo supremo y sintético que merece nuestra atención. El español que alcanzó el mayor grado de desarrollo personal, fue lo uno o lo otro. Los demás personajes de esa gran tragedia humana, amplia y profunda, que presenciaron los siglos de plenitud de la monarquía española, son figuras más o menos secundarias. El inquisidor y el conquistador son las personalidades salientes de esa tragedia. Fuera de España no existieron en parte alguna. En los dos existen las características dominantes de los eminentemente dramático y teatral. La misma absurda y elevadísima noción

del honor y del deber modeló sus razones, iluminó sus conciencias y guió sus pasos en el mundo. Para los dos eran la espada y la cruz los estandartes de sus ejércitos y la vara de su justicia, exterminadora y formidable. Si algo puede simbolizar el carácter de estos dos tipos de hombre, tiene que ser una espada, forjada en las fraguas de Toledo, a la sombra de la catedral gótica, que muestre una cruz diamantina en su empuñadura. Con esta espada hizo historia y dio orientación a la vida humana, el hidalgo español de los siglos de oro”.

La realidad de esta nota es innegable y así lo confirman los hechos vividos en la primera mitad del siglo XIV que sirvió para afirmar en tierra americana el dominio pleno, material y espiritual, de estas comarcas que dilataron las fronteras de los reinos, ya unidos, de Aragón, Castilla y León.

Para entonces al personero sometedor de la conquista, se sumó el representante del Rey y el enviado de Dios, formando una cerrada trinidad que cercó todos los vericuetos de la vida colonial, copiándola completamente en cada uno de los órdenes de la vida individual y colectiva, hasta el punto, un tanto pueril pero dramática en el fondo por su significación política para estos pueblos, que a ese lento transitar con que anduvieron nuestros antecesores el período colonial se le denominó con cierta ironía, etapa de la “Patria Boba”.

Si este fue el panorama general desde 1550 no se puede, sin faltar a un compromiso de recoger las cosechas indicadas en cada circunstancia de la historia regional de este Departamento, dejar pasar por alto ciertos nombres hispanos que jalonaron con su empeño algo de ella y así cabe citar a Don Hernán Pérez de Quesada, her-

mano del Adelantado fundador de Santa Fe, en 1538, que partiendo hasta llegar a vecindades del cacique Nacaritama buscando afanoso el país del “Dorado”, que aún hoy sigue siendo enigma que despierta el mito de la fantasía, llevando la imaginación a la alucinación, quimérica por inalcanzable y por demasiado fantástica.

Hernán Pérez de Quesada que al partir su hermano con los conquistadores Belalcázar y Federmán a España para buscar evite el monarca la delimitación de sus pretensiones territoriales en 1539, quedó encargado de la Gobernación de Santa Fe, buscando cumplir acuerdos previos dejados a su encargo, urgió al capitán Martín Galeano para que se encaminara a cumplir lo señalado por Gonzalo Jiménez de Quesada en orden a fundar la población de Vélez, más allá de las vecindades del Zaque en territorio del actual departamento de Santander, lo que cumplió a mediados de 1539, en el sitio que marcará la confluencia del riachuelo Ubasá con el Suárez, repartiendo solares como era de usanza y nombrando solemnemente alcaldes y regidores provinciales.

De Martín Galeano cita la historia que “se había distinguido con el famoso Antonio de Leiva, jefe de los Tercios españoles en la célebre jornada de Pavía” y del porqué del nombre Vélez para la nueva villa se dice que “probablemente Quesada escogió ese nombre por el recuerdo de la ciudad de Vélez Málaga, o por Vélez el Blanco, inmediato a Granada, en la Península”.

De este célebre capitán en la jornada a que se hace referencia, se cuenta que hubo de calzar con herraduras de oro su caballería en la provincia de Vélez para iniciar una larga travesía por los dominios de los caciques Gua-

mentá y Butaregua. Tal sería la facilidad y abundancia de este metal entonces, por aquellas comarcas.

En igual forma el capitán Gonzalo Juárez Rendón, malagueño de nacimiento y quien también había mostrado calidad en la campaña de Italia, fue señalado para fundar otra ciudad en las comarcas del sucesor del Zaque, su sobrino Aquiminzaque, lo cual hizo en los propios dominios de Hunza, donde erigió la ciudad de Tunja, al año exacto de fundada Santa Fe (6 de agosto de 1539), dos años después recibió el título de ciudad con Escudo de Armas, que son las mismas de Castilla y de León.

Cabe, igualmente, citar a Pedro de Ursúa, gobernador interino de Santa Fe, por mandato de Armendáriz, que como osado aventurero, se atrevió a incursionar los dominios de los indios Chitoreros en la comarca Nortasantandereana. A él se debe la fundación de la señorial villa de Pamplona en los dominios mismos de las citadas tribus. Más tarde murió asesinado en el Amazonas a donde lo había llevado su espíritu viajero y de aventura.

Con igual propósito se recuerda a Ortun Velasco de Velásquez cofundador de Pamplona y jefe directo del capitán Francisco Fernández de Contreras fundador, a su turno de la ciudad de Ocaña, en los dominios de los Hacaritama y bajo protección de "los pendones sin sombra de Castilla" como es citado por el historiador Marco A. Carvajalino.

Por parecer indicado a este respecto y a título de mejorar esta ligera referencia, vale la pena transcribir lo que la historia de Colombia señala, a través de sus autores Jesús M. Henao y Gerardo Arrubla, cuando informan:

"Ortún Velasco, quien fundó con Pedro de Ursúa a Pamplona y gobernó

esa ciudad por espacio de 20 años, dio comisión a Pedro Alonso y a Juan Trujillo (1561) para que establecieran una población con el nombre de Alcaldes a orillas del río catatumbo, que lleva sus aguas al lago de Maracaibo. El presidente Venero de Leiva ordenó a Francisco Hernández 12 años después, la traslación del pueblo, como se hizo, a donde hoy existe, y se le cambió su nombre por el de Ocaña".

Estaba reservado a esta villa un episodio resonante en la vida republicana. Ya lo veremos a su tiempo. Entre tanto hay que seguir lo que dejamos esbozado e interrumpido cuando se hacían reminiscencias de la Patria Boba, a fin de ensayar su interpretación socio-política, ya que todo hecho tiene una explicación concreta que lo vincula con las realidades, dentro del proceso urgente y siempre activo de la vida.

Se había aceptado que la época colonial mostraba, por excelencia, el predominio pleno de la nueva cultura en las colonias de América, en donde muchos de los anteriores conquistadores se habían decidido frenar su paso aventurero sentando reales y a las que convergieron muchos más que, llevaban una vida sin mayores horizontes en la Península y veían en estas tierras la posibilidad de orientar en mejor forma el porvenir.

Para entonces vale, como argumento hacer notar que era otro el panorama que ofrecía España y sus colonias. La terminación de la empresa guerrera contra los mahometanos y la placidez colonial que la vida ofrecía en estas posesiones, hizo decaer el espíritu de la raza en un período breve de menos de dos siglos.

Ya no se encuentra el prototipo del conquistador rudo o del inquisidor sin alma, de los primeros años. Ya tampo-

co se advierte la presencia de las parcialidades indígenas que peleaban sus dominios con el que pugnaba por ser su nuevo dueño. Ya, menos, se confirma la realidad de dos culturas enfrentadas.

Ahora todo es español en América y ello fue cierto por simpatía en el virreynato de la Nueva Granada, del que formaba parte la Provincia Santandereana. Si no se dice aquí Nortasantandereana es porque ésta copaba la extensión de muchas tierras que pasaron posteriormente a formar parte de otros departamentos colombianos, ya que la creación del departamento de Norte de Santander fue producto de la Ley 25 de 1910 que recogía como tal el antiguo estado soberano de Santander y departamento de Cúcuta y lo procesaba a través de las provincias de Cúcuta-Ocaña y Pamplona, durante el gobierno del General Ramón González Valencia, oriundo de Santander.

A esas intrépidas razas peninsular e indígena de las tierras Santandereanas, se opone ahora una condición dolorosa de siervos vencidos en los herederos de las antiguas parcialidades indias y el temerario conquistador es suplantado dolorosamente por una cáfila creciente de "empleados públicos, canijos y parasitarios".

El inquisidor austero se volvió monje manso y jovial, capaz solo de replicar campanas, decir salmos y cantar villancicos a la dulce Virgen María. El capitán generoso, arrojado y brillante se hizo petimetre de salón, por querer lucir ante damas almibaradas el milagro de sus gracias y delicadezas femeninas. El pensador profundo y sincero paró en silogista, en charlatán o en orador dado en embelezar a tontos e ignorantes, con su retórica pintoresca y altisonante. El juez justiciero y recto de Castilla la Vieja tomó el

hábito del funcionario débil y venal. El celoso monje, andariego y predicador, perseguidor de infieles y soñador de finas y luminosas vidas divinas, dejó su toco y humilde sayal, o se trocó en bebedor de vinos y en jugador de cartas en los conventos silenciosos y apacibles. La monja mística y militante que en Castilla comulgaba con su Dios en éxtasis sublime y que fundaba instituciones donde se buscaba la perfección de las almas, cambió muchas veces su hábito simbólico por la falda rica y perfumada y pasó sus horas y sus días en los claustros luminosos y serenos de nuestra Andalucía tropical.....

"El recio español que en la Madre Patria discutía apasionadamente los planes para dominar a Flandes, sojuzgar a Italia o dominar el poderío creciente de Francia y de Inglaterra, vino a Colombia, a Méjico o al Perú, y se entregó luego a una existencia llena de trivialidades incontables". La cita pertenece al libro *La Personalidad Histórica de Colombia* de Carlos García Prada.

A la par con este declinar de la raza se manifestó en América una presencia pasiva y negativa de las Instituciones. - El gobierno, la empresa privada, la educación en sus niveles universitarios, la iglesia, la justicia, fueron opacas y carentes de una dimensión que los hiciera proyectables.

Por esta razón todo lo que al final fue chispa revolucionaria, se esperó de la Europa de la era moderna. - Aquí la España transplantada se quedó Medioeval y solo se advirtió el reparto de canongías y privilegios entre los allegados de la vieja Península y sus descendientes directos, creando una casta absurda que a la larga resultó intolérable y suscitó las más enconadas interpretaciones en su contra.

Pese a este signo pretérito, cargado de infinito desconcierto, los hijos de esta comarca Nortessantandereana serían los encargados de realizar empeños y mostrar, una vez más, ahora bajo otros modelos que servir o interpretar obra que perpetuará su presencia y diese crédito a sus capacidades. Tocó ello, como antaño, a una figura delicada de mujer y a un grupo de osados, que se atrevió a romper el silencio colonial con su protesta.

Doña Juana Rangel de Cuéllar, ya octogenaria, cumplió el buen suceso de ser donante voluntaria para la realización de una obra que ha resistido el embate mismo de la naturaleza, varias veces.

Poseedora de muchos bienes en haciendas y ganados, por herencia de sus padres, tío y hermano mayor, en Tonchalá - Rodeo del Camadero - Estancia de Morantes - Guaduas - Magro y Guasimal, dio de este último media estancia de ganado mayor para erigir la villa que hoy nos recibe, a los 242 años y 3 días de su fundación cumplida el 17 de junio de 1733 con una intención cristiana de erigir nueva parroquia al señor "San José en el valle de Cúcuta", jurisdicción entonces de Pamplona y que constituía, según la escritura respectiva: "Tierra sana con llano apacible para las plantas, teniendo el río de Pamplona, que por dicho sitio pasa, para agua, y montaña para la leña para mantención de los habitantes, pastos comunes para las bestias que tuviesen y tierras de labor y regadía y demás requisitos que son necesarios para una fundación y porque la erección de la parroquia que pretendemos es lo primero asegurar congrua suficiente para el cura que nos ha de asistir, decir misa y administrar los santos sacramentos, hasta el del santo matrimonio inclusive, le asignamos 200 pesos de 8 reales Castellanos, pagade-

ros en dinero el día del Sábado Santo, sin más plazo ni dilación, la primicia de los frutos que Dios nos diere y derechos, obvenciones y emolumentos parroquiales".

Carlos IV, a consulta del consejo de Indias que le formuló clara recomendación al respecto, el 9 de diciembre de 1790, expidió una Cédula Real, el 18 de mayo de 1792, por la cual concedió a esta ciudad los títulos nobiliarios de que se ufanan sus blasones, desde la época virreynal del señor Don José de Espeleta, pregonados públicamente el 20 de abril de 1793, y delimitadas sus vecindades o jurisdicción territorial dos días después, para consolidarse administrativa y políticamente.

Suceso magno éste, dio pie para que los habitantes de San José de Cúcuta, exteriorizaran su generosidad y júbilo. De ello hay constancia dejada por Don Manuel Ancizar, cuando informa:

"Auxilios prontos y oportunos en los trabajos de nuestra comisión, obsequios repartidos con hidalguía y franqueza, cariñoso trato; cuanto unos amigos antiguos habrían hecho, todo esto hacían por nosotros diariamente los principales amigos y el señor Isidro Villamizar, empeñado para siempre nuestra gratitud y dejándonos en la memoria recuerdos que jamás se borrarán. Feliz provincia, colmada de riquezas, habitada por gentes de innata cultura y puesta bajo el gobierno de un hombre virtuoso. Acuérdomme que el día de San Juan pasaba el señor Villamizar por una cuadra a tiempo que desbarataban uno de los arcos erigidos para las fiestas y tiraban frutas, ramas y cocteles sobre la muchedumbre de curiosos, que iban de un lado para otro huyendo de la gresca. "Señores, gritó el anciano gobernador, tengan juicio y no me descalabren", y al instante cesó la bulla y los más

cercanos se quitaron respetuosamente los sombreros. Dichoso el magistrado que recibe tales demostraciones de amor" le dije "muy dichoso" me contestó: "cuando tiene la fortuna de gobernar un pueblo como éste".

Con cuánta razón se distingue a la villa inicial de San José de Guasimal, luego San José de Cúcuta y, por fin, Cúcuta únicamente, como centro de nobilísimas y cristianas tradiciones y como asiento de una sociedad prístina y notable, desde sus primeros años, que sigue hoy prolongando esos abo- lengos y virtudes para gloria de sus hijos y orgullo del departamento.

Otro suceso que confirma plenamente la presencia Nortessantandereana en la época colonial, lo constituyó el movimiento revolucionario de los Comu- neros que, como clarinada de anticipados acontecimientos, fue la voz rebelde que en la Nueva Granada se alzó candente y sostenida, como lo fuera en Francia la de los jacobinos, para protestar, con vehemencia, contra una carga tributaria y un régimen de prohibiciones oneroso y absurdo.

Sentó allí, otra vez primera, su presencia la mujer santandereana, estableciendo el dilema de la legalidad contra el abuso y precisando sujeción a la autoridad suprema del monarca español, pero rechazó categóricamente a los procederes impropios de sus representantes autorizados, en la provincia socorrana. Cumplió este encargo, por cierto comprometedor y de incertidumbres, Manuela Beltrán y detrás de ella el pueblo entero de las provincias vecinas, e incluso de muchas lejanas, que escucharon el eco invitador a la causa exigente de aclarar derechos y deberes de los gobernantes, con miras a evitar excesos e injusticias.

Fue, al mismo pueblo al que cupo recoger y orientar ese primer ejemplo

ofrecido en la villa del socorro, para fijarle ruta exacta orientando el impulso de los moradores de Simacota, Mogotes, Barichara, Charalá y San Gil, hasta precisar la creación de la junta popular que condujo al nombre "Comuneros" de este movimiento que por mandato popular acaudilló Berbeo, hasta que se aceptaron unas capitulaciones, juradas ante Dios y no cumplidas por los funcionarios del rey que las improbaron con inaudita saña y desvergüenza, respaldadas por la fuerza.

Ante esta conducta asumida por las autoridades a pocos meses de firmado tan importante documento, por cuyo contenido se logró disolver el movimiento que había congregado algo como 20.000 hombres cerca de Santa Fé, aparece de nuevo en escena otro hijo de esta tierra, dispuesto a la revancha para que se cumpliera lo pedido y aceptado por las capitulaciones del Mor- tiño.

Se trataba de José Antonio Galán, el charaleño que había acaudillado el movimiento del Socorro con tanta fe y encomio que fue capaz de conducir la gente amotinada desde el lugar que pregonó Manuela Santos hasta más allá de su provincia en tierras de Facatativá, Villeta, Guaduas, Mariquita, Ambalema e Ibagué donde tuvo conocimiento de dichas capitulaciones motivo que aceptó suficiente para disolver su gente y suspender operaciones, a efecto de retornar, como lo hizo, a su villa natal.

Quizo reandar la misma senda esta vez sin éxito, y encontró muerte infame en Santa Fe a donde fue llevado prisionero junto con Manuel Ortiz, Isidro Molina y Lorenzo Alcantuz, quienes también murieron como él acusados de: "Vasallos indignos de su rey y de hijos bastardos de su Patria".

Pese al final dramático de esta empresa, lo cierto fue que de esta tierra Nortessantandereana surgió el primer conato revolucionario en la quieta y dormida tarde colonial de nuestra historia y se hizo evidente un crédito de esperanza para el porvenir de la Patria que tenía aquí su reserva primígena, para triunfar en las citas venideras.

Por resultar curioso como detalle histórico, conviene mencionar la coincidencia que permite advertir para los años finales del siglo XVIII, varios hechos notables en la vida de la España Peninsular, y en la del Nuevo Reino de Granada, sin entrar en detalles, ellos fueron:

1. Establecimiento de la Expedición Botánica que tanto hizo por la ilustración de nuestra juventud de entonces (1783).

2. Exaltación al trono del nuevo monarca Carlos IV (1789).

3. Traducción y publicación, en Santa Fe, de los "Derechos del Hombre", por el Precursor de la Independencia Antonio Nariño (1794).

La significación política de esta cita no demoró mucho en madurar y sus frutos estuvieron sazonados para seguir alimentando un nuevo orden en las provincias que formaron la comarca de los caciques temerarios. Veámoslo:

Incierto tuvo que ser para la corona de los Borbones el recibo del siglo XIX. La guerra contra Inglaterra; la disputa continua por el dominio de los mares; la ronda permanente de los filibusteros sobre su imperio colonial; la independencia reciente de las colonias Británicas de América; la tibieza de su propia raza, que ahora se orientaba por la vida fácil y ligera; las continuas voces de protesta de sus súbditos del nuevo mundo y la dificultad política

que avecinaba Europa, sin duda alguna, constituían un cruel interrogante a los monarcas. Quizá por ello su interés para que en América nada interrumpiera su letargo medioeval.

No pensaba lo mismo, sin embargo la gente americana que contaba entre sus abuelos a los indígenas ayer batalladores, pero ahora sumidos en dolorosa esclavitud y convertidos en recogedores de las riquezas que su patria guardaba en las entrañas para enriquecer otros mundos que ellos ignoraban por completo, dada su triste condición.

Para el mestizo que ahora era crisol de razas, como lo fuera el español de siglos atrás, el repetido cruce de indios, con hispanos y con negros, el panorama que ofrecía el nuevo siglo era diferente. Para él, todo tuvo una consideración distinta: él, por sangre y por formación y por mandato, pertenecía en algo a cada uno de estos prototipos raciales y era, a la vez, único por sus condiciones y por las circunstancias.

Si bien tenía que aceptar de los españoles una herencia de la que no podía prescindir, por razones de destino, tenía también que ser rebelde contra ellos por la condición encastada en que se movían dentro del medio que pertenecía, por propio derecho, a los americanos.

Si bien tenía que comprender que por sus venas corría, por lo menos algo, de la sangre importada del Africa Continental, tenía, al tiempo, que admitir que no podía prolongar esa noción de esclavitud que señaló tan despiadadamente ese origen.

Si bien, tenía que estar de acuerdo con la realidad indígena en su condición humana tenía, a la vez, que advertir que era indispensable la tarea de redención de sus hermanos sojuzgados.

Por ello, nuestro mestizo del siglo XIX, fue soñador, fue rebelde y fue amigo de la libertad. Tenía que serlo, necesariamente, para poder llevar a cabo la misión que el destino le tenía reservada.

Cuando surgieron en el nuevo mundo ideas emancipadoras y esto fue recién el siglo cumplía su primera década, encontró una juventud ilustrada y ambiciosa de futuro que fue capaz de influir sobre un pueblo que soñaba y sufría y aspiraba algo mejor para sus hijos.

El llamado a la emancipación tuvo por ello, respuesta inmediata donde quiera se tocaron las puertas, por esa larga expectativa de igualdad, que todos sentían urgente e inaplazable en su interior. Esa, para mí, señoras y señores, la condición que dio a nuestros hombres y mujeres, de esos años, fuerza suficiente para el propio martirio a cambio de una vida menos incierta y menos rutinaria.

Si lo anterior fue evidente en la mayor parte del Virreynato Neogranadino, ello fue viva realidad en las provincias de Pamplona-Ocaña-Socorro y San José de Cúcuta.

Por esto, en el instante preciso de cumplir la cita, nuestros libertadores encontraron en las gentes del Santander del Norte la cuota más significativa y oportuna y los ejemplos de constancia, valor y servicio a la causa más dignos de crédito por su dimensión y por la forma espontánea y permanente como se cumplieron.

Basta, para corroborarlo, recordar las acciones de guerra cumplidas en su propio suelo; la nómina sagrada de sus mártires y de sus heroínas; el aporte de su hijo dilecto a la empresa libertadora de los países tutelados, por Bolívar; la participación constante, no

solo humana sino hasta de su propia geografía, en cada uno de los sucesos definitivos de la Patria.

Que honroso para mí, encontrarme con ustedes en la "Perla del Norte", que sigue siendo ciudad abierta a las dos Patrias de Bolívar, luego de superar barreras de distancia, para sumar mi voz, modesta pero clara y sincera, en una afirmación de fe por Santander del Norte, y de admirada profesión de culto a la memoria augusta de sus próceres, a través de tantas matronas y varones ilustres de esta tierra, que todo lo sacrificaron para hacer cierta esa realidad actual de contar con una Patria "grande, respetada y libre", como lo compendia la oración que rezamos cada día sus soldados, en los cuarteles y Escuelas Militares de Colombia.

Para ello, la referencia a tantas heroínas y mártires ignotos es el primer deber que cumplo, conmovido y sereno, a fin de rendir a todos los que bien lo merecen, la gratitud de un pueblo que hoy vive soberano por su sacrificio.

Citar, a quienes puestos en hora cruenta del patíbulo supieron inmortalizarse, como fue el caso de: Mercedes Abrego de Reyes, sacrificada el 13 de octubre de 1813 en esta ciudad que la vio serena y cristiana como valerosamente rindió su vida por decisión de Bartolomé Lizón por bordar para el Libertador Simón Bolívar con sus propias manos la casaca militar para las grandes ocasiones en presencia de sus hijos Pedro y José María; o como María Agueda Gallardo y Guerrero que fuera alma de la independencia de Pamplona; o como Susana Cote y Antonia Santos, sacrificadas en 1814 por el lugarteniente de Lizón, Aniceto Matute, por cooperar con los patriotas; o como Florentina Salas, caída por or-

den de Lizón en llano del carrillo; o como Carmen Serrano, fusilada por el mismo tristemente célebre tirano Bartolomé Lizón; o como Eulalia Galvis y Agustina Ferro, cruelmente martirizadas en esta villa y en Ocaña, es sagrado compromiso que cabe cumplir, para exaltar la cuota de martirio femenino de estas provincias de Santander del Norte que honran, como pocas, la Historia de la Patria.

Recordar el prolongado holocausto rendido por el hombre en esta cita para ser libres o morir luchando como fue el caso de Manuel Cañete, Casimiro Yugo, Fernando Agüero, Miguel Angulo, José Antonio Ardila, Pascual del Espíritu Santo Becerra, Miguel Carabaño, Isidro Bravo, Juan Salvador Chacón, Bonifacio Fernández, José Javier Gallardo, Santiago Abdón Herrera, Hipólito García, Manue^l María, el Negro, Luis Mendoza, Juan José Monsalve, su pariente Pedro Felipe Ocampo, Antonio Justo Salazar, Emigdio José Troyano y Ramón Villamizar, es causa justa porque cayeron con honor en los patíbulos, que levantó la llamada "Epoca del Terror" de la reconquista española, confiada a Pablo Morillo y sus lugartenientes, entre los que sobresalió Juan Sámano, por su crueldad.

Hacer memoria, ahora, de las acciones de guerra cumplidas sobre suelo de Santander del Norte y de la presencia constante que en ellas y en todas las que jalaron la empresa libertadora tuvo el más ilustre granadino, hijo de San José de Cúcuta, para honra de sus coterráneos es tarea que no puede dejar de señalarse, pese a ser tan conocida por los aquí reunidos. Conviene para tal efecto recordar rápidamente algunos hechos políticos de Europa, y muy particularmente de España, en los años finales de la primera década del siglo XIX, por su decisiva

influencia en los destinos de este vi-reynato de América. Veámoslo:

El advenimiento señalado ya de Carlos IV al trono de España gestó una época de notoria decadencia. Débil de carácter y carente de condiciones para gobernar, su posición lo llevó a enfrentarse con su propio hijo, el príncipe de Asturias, heredero legítimo de la corona, Don Fernando. Esta absurda división familiar fue bien aprovechada por Napoleón Bonaparte, aliado entonces con España de la que recibió permiso para pasear las tropas imperiales, con supuesto destino a Portugal.

Amotinado el pueblo contra Carlos IV por esta claudicación que amenazaba la soberanía española, se vio precisado a abdicar en favor del príncipe heredero, que, a principios de 1808, inició su mandato real como Fernando VII, de la dinastía Borbónica, para discutir otra vez con su padre que alegaba nulidad de su abdicación, por haber sido derivada de un motín popular.

Buscando la protección Napoleónica el Rey Carlos IV se prestó en Bayona al absurdo político más denigrante como fue obligar a su hijo a devolverle la corona y renunciar a sus derechos de heredero, para luego cederla él a Bonaparte quien, a su turno, la entregó a su hermano José. El Conde de Toreno en su "Historia del levantamiento de España" publicada en 1851, al respecto señala: "Tal fin tuvieron las célebres vistas de Bayona entre el Emperador de los franceses y la malaventurada familia real de España.

Solo con muy negra tinta puede trazarse tan tenebroso cuadro; en él se presenta Napoleón pérfido y artero; los reyes viejos, padres desnaturalizados; Fernando y los infantes, débiles y ciegos y sus consejeros por la mayor parte ignorantes o desacordados".

Pese al respaldo imperial a José Bonaparte, que tuvo la osadía e irreverencia de llegar a Madrid ese mismo año para hacerse aclamar como José I, el pueblo español se alzó contra el intruso y propició la creación de Juntas de Gobierno que respaldaban a Fernando VII, llevando su empeño hasta la acción guerrera de Bailén.

Este mismo espíritu se transmitió a las colonias de América y de aquí que el virrey Don Antonio Amar y Borbón, a petición del enviado de la Junta de Sevilla que vino a Santa Fé buscando la adhesión al monarca respaldado, declarara la guerra a Napoleón, proclamar a Fernando VII como rey legítimo y abriera suscripción de donativos, para ayudar en la emergencia a España. El 11 de septiembre de 1808 la colonia de Nueva Granada juró su lealtad al monarca español que, para entonces, soportaba una lucha abierta contra los franceses.

Siendo sincero el pensamiento inicial de las gentes neogranadinas, la falsa política de la Junta Central de Gobierno en España, condujo a los americanos a buscar su igualdad de derechos y el abuso de las autoridades en el nuevo mundo terminaron por romper los vínculos espirituales con la Madre Patria y precipitaron los acontecimientos de Quito, la redacción del "Memorial de Agravios" de Camilo Torres y la toma de conciencia para iniciar la emancipación.

El Cabildo Abierto exigido al virrey Amar y Borbón, el 20 de Julio de 1810 proclamó la Suprema Junta de Gobierno de la Nueva Granada, con sujeción al principio soberano del pueblo y bajo condición única de abdicar solo a "la persona de su augusto y desgraciado monarca Don Fernando VII, siempre que venga a gobernar entre nosotros".

Se iniciaba un largo camino de insospechados peligros, privaciones y exigencias para consolidar plenamente el ideal de autonomía social política de estas latitudes y entraron en escena muchos hombres ilustres para confirmarla. Entre ellos, Francisco de Paula Santander ocupa sitio de preferencia por su dilatada trayectoria y significativos servicios en favor de los pueblos Bolivarianos.

Contando apenas con 18 años de edad, lo sorprendió el grito del 20 de Julio, como estudiante de leyes en el Colegio de San Bartolomé, que deja en gesto magnífico para incorporarse a la causa independiente siendo distinguido, desde ese mismo año, como alférez abanderado de las milicias nacionales y luego como oficial ayudante del Comando Militar de Mariquita que seguía la causa de la Federación Granadina que enfrentó a los Centralistas acaudillados por Nariño, de quien fue su prisionero allá por 1812, año en que puso plantas en Cartagena de Indias el Libertador Simón Bolívar.

Acogido por el Gobierno de Cartagena entonces presidido por Torices, se destinó al Coronel Bolívar a órdenes de Labatud para defender el punto de Barranca, hecho que aprovechó para lanzar su campaña de reconquista del río Magdalena, penetrando hasta la ciudad de Ocaña para consolidar plenamente ese empeño a principios de 1813, y prestar su concurso a la liberación de los valles de Cúcuta. Victoria fulgurante ésta que le hizo merecer su ascenso al grado de Brigadier de la Unión y el crédito de ciudadano de la Nueva Granada, amén que apoyos adecuados para que en mayo iniciase su campaña en Venezuela a donde marcha confiando los nuevos dominios de Cúcuta al sargento mayor Francisco de Paula Santander.

La aparente solidez de Cundinamarca, puso en evidencia una crítica síca, que decretó el 16 de julio de 1813 su total independencia de la corona española, puso en evidencia una crítica situación de inestabilidad en los frentes conquistados tan atrevidamente por los patriotas.

Pasto amenazaba con Sámano y forzó la campaña funesta del Sur que redujo a nuevas cadenas al Presidente Antonio Nariño. El litoral del Norte perdió su seguridad por ineptitud de Labatud, que terminó desterrado a las Antillas. Los valles de Cúcuta, confiados como se indicó a Santander, quedaron a merced de Bartolomé Lizón, por deserción inesperada de sus tropas e imposibilidad de operar con los pocos soldados que logró reunir.

Pese al despliegue total de sus capacidades tácticas y aunque logró victorias iniciales en las acciones de Loma Pelada y Cúcuta, Santander es vencido por Lizón en llano de Carrillo, acrecentando su tenacidad combativa para confirmar la liberación de la provincia de Pamplona, en febrero de 1814, en la acción de San Faustino.

Viene luego la cruel reconquista española y tiene nuestro prócer que enfrentar a uno de los jefes españoles más probados y capaces como fue el Coronel Sebastián Calzada designado por Morillo como comandante de la columna que debía responder por el sometimiento de las provincias de Pamplona, Cúcuta, Ocaña, Tunja y Casanare.

A tiempo que Bolívar lograba algunos triunfos significativos en Venezuela (Bárbula, San Mateo, Carache, Niquitao, Morconas, Taguanas, Barinas y Tinaquillo). Otra fue al final la suerte pues las derrotas sufridas en La Puerta, en Aragua y en la sangrienta acción de Urica hicieron fracasar por

segunda vez la independencia Venezolana, con la cual se acentó el desequilibrio de las tropas de la Nueva Granada.

Enfrentadas las provincias Nortesantandereanas, lograron los patriotas señaladas victorias locales como la de Chire, pero son totalmente diezmados en Chitagá. En Ocaña y en el Socorro.

No fue suficiente este triunfo español para que Santander y su nuevo Comandante García Rovira depusieran las armas y se sometieran, como era exigido por el jefe español.

Favorecidos con algunos refuerzos enviados desde Santa Fe, García Rovira y su segundo el ahora Coronel Francisco de Paula Santander deciden ocupar la zona de Cácuta para impedir apoyos de Venezuela al Realista Calzada. Lo hicieron cuando ya éste llevaba la ventaja por dominio del Páramo de Cachirí, donde fueron batidos totalmente los patriotas, dándole a los españoles pleno dominio de las posesiones de Pamplona y Socorro, hasta cerca de Vélez, lo que le abrió el camino hacia Santa Fe, meta final del empeño de Morillo.

Este desastre de Cachirí tuvo consecuencias muy graves para el destino de la Unión y forzó varios hechos políticos y militares de extraordinaria significación, como fueron la renuncia del Presidente Camilo Torres y su reemplazo por el Dr. José Fernández Madrid y el relevo de García Rovira por el General Manuel Serviez, del que siguió siendo segundo Santander. Los nuevos dignatarios tuvieron puntos de vista diferentes en relación con las medidas a tomar frente a la nueva situación.

Mientras el nuevo Presidente proponía una retirada al ser del País para buscar una batalla decisiva contra los

realistas, Serviez, que conocía el estado real de sus tropas inexpertas y mal apoyadas, pugnó por una retirada a los Llanos Orientales, donde se contaba con mayor seguridad y posibilidades de organización. Ambos sostuvieron sus criterios hasta el final y sobrevino la división interna del escaso ejército para seguir algunos al Presidente que optó por retirarse a Popayán y otros a Serviez que inició la retirada estratégica hacia el llano.

De esta segunda columna, que marchó asediada sin descanso por los españoles, formó parte Santander. Era 5 de mayo de 1816, cuando Serviez y 2500 hombres iniciaron la famosa retirada. A Pore, el 23 de julio siguiente, solo llegaron 56 hombres, que se unieron al General Urdaneta.

La tropa que marchó con Fernández Madrid, quien luego renunció a la presidencia siendo reemplazado por el General Custodio García Rovira y éste por el Coronel Liborio Mejía su Vicepresidente, pudo llegar a Popayán, reorganizarse y buscar la ansiada batalla contra el realista Juan Sámano, que había parapetado sus tropas en la Cuchilla del Tambo. Allí fueron barridos los patriotas pereciendo con ello la República y confirmándose plenamente la reconquista española.

Quedó solo como una esperanza en medio del dolor que impuso aquella sanguinaria reconquista, la posible acción de aquellos que marcharon a los llanos, acaudillados por Serviez, Santander y Urdaneta.

Reservado nuestro prócer cucuteño a grandes empresas, recibió de Bolívar el encargo de organizar fuerzas patriotas en los llanos, en tanto él continuaba operaciones en su Patria, para obligar al enemigo a extenderse a fin de reducir con ello la presión militar sobre Nueva Granada, a cuya capital Santa Fe de Bogotá, fue destinado el

cruel Sámano como Gobernador Militar, por disposición del Pacificador Morillo a su regreso a España.

Esta circunstancia señala el viacrucis que vivieron quienes, en una u otra forma, participaron o colaboraron con la causa libertadora.

Raza altanera en la conquista, orgullosa y de temple en la colonia y de probadas calidades para vencer o morir cuando ello fuese necesario, esta de Santander del Norte volvió a mostrarse otra vez en la época crítica de la Época del Terror, a través de las famosas guerrillas de los hermanos Vicente y Ambrosio Almeida y de Juan Esteban Ramírez, también de Cúcuta, que tanto hiciera por la causa libertadora con sus famosos lanceros a caballo en los caminos que conducían a la capital del reactivado virreynato del nuevo Reino de Granada, coadyuvando con ello al buen suceso de las tropas patriotas de Casanare, únicas libres, que se adiestraban con afán para la próxima contienda.

Esta llegó, precisamente, cuando Santander logró hacer que Bolívar dejase sus cuarteles de Mantecal en Venezuela, para atender la cita en los llanos y límites de la Nueva Granada, a efecto de continuar la lucha interrumpida años atrás, y que fue atendida por el Libertador quien salió con destino a Guasualito el 27 de mayo de 1819 y luego a Tame donde se unió con Santander el 12 de junio para seguir a Pore y llano de Miguel, donde el 29 de junio y luego de vehemente intervención de Santander, y Monseñor Marino, Bolívar decide transmontar la cordillera Oriental de los Andes, para llevar a cabo la Campaña Libertadora de la Nueva Granada.

Paya recibió el primer golpe a la libertad, al terminar el cruce del páramo de Pisba que quedó regado de cadáveres en semejante travesía.....

Después Socha, donde se hizo breve pausa para reorganizar ese ejército de Quijotes, casi moribundos, a fin de alistarlos convenientemente para las acciones de Corrales, Gámeza, Tópaga, Los Molinos, Tasco, Bonza, El Pantano de Vargas y al final la acción definitiva del Puente de Boyacá, que selló la independencia en la Nueva Granada gracias a ese ejército de titanes sin camisa que tuvo como cota de malla y como escudo su esperanza y su arrojo, al galope tendido de una caballería sin frenos que tascar u obedecer y al paso firme de una Infantería marcial que solo supo conjugar el verbo "Triunfar".

De tal ejército precisamente fue, el ahora General de Brigada Francisco de Paula Santander, organizador, instructor, administrador y comandante en su División de Vanguardia y a él sirvió con devoción y constancia sin par y con lealtad sin sombra a través de su ejemplo y su exigencia sostenida para asegurar la disciplina y el deber.

3. **Proyección histórica de Santander del Norte**

Logrado el triunfo guerrero se impuso la organización de la victoria y para este nuevo encargo Bolívar, que conocía intuitivamente el valor recóndito de cada hombre, señaló al General de División Francisco de Paula Santander logrando con ello un concurso sin par en los campos de la administración pública, que posibilitó la continuidad de las operaciones militares que irían a permitir a otros pueblos la consecución de su independencia, consolidando una empresa libertadora de 5 países suramericanos.

Por eso dentro de la luminaria de héroes y próceres Colombianos ninguno brilla tanto como Santander llamado, con razón, el "Hombre de las Leyes" y el "Organizador Civil de la

Victoria" porque le cupo vencer en la difícil encomienda de ordenar un nuevo Estado que enfrentaría, por varios años todavía, problemas con las tropas peninsulares dispuestas a cobrar cara su derrota y así lo vemos, desde la iniciación de la República y creación de la Gran Colombia el 17 de diciembre de 1819, en que fue elegido Vicepresidente para Cundinamarca, dedicado con devoción ejemplar a los menesteres de la organización civil y política de su departamento y a la urgente tarea de preparar ejércitos para confirmar plenamente el triunfo de Boyacá en aquellas provincias aún en manos de los españoles, como fue el caso de Cartagena, Riohacha, Pasto, Pamplona, Santa Marta y Tenerife.

Su diligencia patriótica y la revolución de Riego en España permitieron a la nueva república mirar confiadamente el porvenir, por fortuna!

Si con la creación de la Gran Colombia, se honró a este prohombre paradigma de rectitud administrativa y de sujeción a la ley, también se honró a la ciudad de Cúcuta declarándola Capital de la nueva república, en tanto se fundaba la ciudad que habría de llamarse Bolívar.

Parece como si el destino buscara premiar tanto servicio recibido a favor de la Patria por ese pueblo generoso de Santander del Norte, pues el Congreso Constituyente de la Nueva Colombia que se previó reunirse por vez primera y según mandato de la Ley fundamental de Angostura, en la "Villa muy noble, valerosa y leal de San José de Cúcuta" el primer día de enero de 1821, siendo ello posible solamente el 6 de mayo bajo la presidencia del General Nariño, ratifica el encargo del Vicepresidente de Cundinamarca a Santander, hasta el 7 de septiembre del mismo año en que vuelto a reunirse

el Congreso para elegir Presidente y Vicepresidente de la nueva República recayó en Bolívar y Santander, respectivamente, tan delicado cuanto honroso encargo que juraron cumplir el 3 de octubre, ante el Congreso de Cúcuta.

Viene luego la acción conjunta de Bolívar y Santander, al frente del ejército el primero y a la cabeza de la Administración Civil el segundo, para continuar la tarea libertadora de Venezuela, Ecuador, Bolivia, y el Perú, que fue coronada por el éxito a través de las jornadas de Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho con la que se dio por terminada la dominación española en América el 9 de diciembre de 1824.

Se cumplió así la cita de grandeza para abonar los surcos de la libertad con la esperanza que había resistido todos los embates de la tiranía y para confirmar que gracias al binomio genial de la guerra y la civilidad, paradójicamente de la mano en las figuras excelsas de Bolívar y de Santander, se había compensado la exigencia que el dolor de miles de viudas y de huérfanos reclamara desde los cadalsos ominosos que levantó, para mal de su sino, la raza hispana contra la de América, en los dudosos días de la tambaleante monarquía de Carlos IV y de Fernando VII y en los más aciagos de la Reconquista, amasada por la inhumanidad y el terror.

Se cumplía así, en igual forma, la partida hacia otra carrera de triunfos y desengaños, que son acápites reales aunque amargos en la vida de los grandes hombres, pues como resultado de las mutuas responsabilidades que en su campo cumplían Bolívar el guerrero y Santander el repúblico por imposición de los congresos constituyentes de 1823 a 1827, surgieron por desgracia diferencias y disenciones hondas entre los dos patricios que se agravaron con

el levantamiento de Páez y el fracaso de la Convención propuesta en Ocaña, para 1828 y que concluyó dejando en campo abierto una lucha de apasionado contenido que, fue chispa que alimentó el distanciamiento entre Bolívar y Santander.

La dictadura asumida por Bolívar; la negra noche septembrina que gracias a la providencia nos salvó de la culpa más nefasta; la ignominiosa duda contra Santander para hacerlo aparecer como participante en la conjura siniestra sin haber logrado una sola prueba contra su proceder; la dura mano que castigó implacable el atropello; el destierro precedido de cárcel contra Santander y las disenciones internas entre republicanos y partidarios de la Monarquía constitucional, trazaron el funesto derrotero a un largo camino de enfrentamiento fratricida.

Ni la muerte del genio Caraqueño, el 17 de diciembre de 1830 con su proclama dolorida buscando la unión fue capaz de liquidar esa enconada diferencia entre hermanos, ni logró cerrar las heridas abiertas por la incompreensión. Lo que a tan alto precio se consiguió, después de tanto esfuerzo, comenzó a derrumbarse irremediablemente. Está escrito que el hombre y sus obras no resistirán jamás los dictados de lo eterno, por su signo de mutabilidad y por el imperativo de la dinámica social siempre cambiante, y así se vio en este caso, cuando a escaso tiempo de cerrar sus ojos a la vida terrena el Libertador, su colosal obra de la Gran Colombia se disolvió acaudillada por los venezolanos Páez y Flórez y aceptada como irremediable, por Santander que había sido proclamado Presidente de la República por la Convención Granadina de 1831, rehabilitado de los injustos cargos que lo tenían ausente de su Patria a la que regresó a mediados de 1832, para reiniciar sus servicios en

favor de la República a través de un nuevo mandato firme y ordenado que desafortunadamente tuvo oposiciones fuertes, hasta el día de su término y sucesión el 1º de abril de 1837 recaída, como se sabe, en el Doctor José Ignacio de Márquez.

Honrado nuevamente Santander, que todas las responsabilidades militares y civiles había conocido desde su época de estudiante Bartolino en 1810, con un escaño de parlamentario, lo sirvió con decoro hasta que su salud se lo impidió ya próxima su muerte, que sobrevino el 6 de mayo de 1840 a los 48 años de edad y cuando mucho esperaba todavía la Patria de su devoción, inteligencia y capacidades.

El final de este hijo preclaro de San José de Cúcuta y la dimensión de su obra en favor de la Patria, ha confirmado con justicia su posición indiscutible de primer prócer neogranadino y han permitido destacar su lealtad indeclinable a las leyes, su amor permanente a los dictados de la libertad dentro del orden y su talla gigantesca entre los libertadores de América de los que sobresalió, con derecho propio, por sus aquilatadas dotes de político y estadista, que coparon los primeros veinte años de la vida republicana por cierto más exigente y angustiosa, por obvias razones.

Silenciada para siempre su voz y perfilada su silueta de gobernante, cuando el adiós definitivo de los hombres les permitió advertir cuanta valía su caudillo, quedaron flotando en la conciencia de sus amigos y adversarios, sus últimas e inconclusas palabras, como un cruel interrogante.

Qué quiso el patricio advertir con su final admonición: "Os recomendó muy encarecidamente.....?"

Tal vez, como su compañero de luchas y servicios, ya lejanos del mundo

y en la inmortalidad, quiso advertir los riesgos de la República para pedir también, como éste, la unión entre los hijos de la Patria fragmentada.

Su partida inexorable dejó huellas dolorosas y señaló nítidamente la dificultad inmensa para reemplazarla. Ciertamente era aceptar este mandato del Supremo Hacedor, pero cierto también la irreparable pérdida que su deceso significó para la Patria.

Sobre su augusta memoria se levantó el esperado tributo que sus servicios y dolores por la Patria, reclamaban y la Nación entera, en el suspenso que la atribuló entonces, hizo alto para despedir a su hijo con dolor y con lágrimas.

No pasaron muchos años sin embargo, para que el encono fratricida volviera a despertar rencores y para que la guerra más cruel, por ser de hermanos, hiciera su trágico paso por Colombia. También en este duro trance Norte de Santander hizo presencia en Palonegro, sitio de Cúcuta y todas las contiendas civiles, al finalizar el siglo XIX y en los años iniciales del XX en que vivimos. Su destino era la lucha y en ella cumplió todas las exigencias que le impusieron su probada condición guerrera y su inmodificable lealtad a los principios que servía, en cada circunstancia.

Fresco está todavía, el episodio de la gigantesca batalla de Palonegro donde se combatió con tanta ferocidad y sin medida que causa espanto advertir el sentido suicida de esos titanes del valor, que sucumbieron defendiendo con locura sus ideas.

Fresca también aún la constancia de este sello, que es la nota definitiva del temple Nortasantandereano, en las acciones del sitio de Cúcuta y su abordaje terrestre, en esta sangrienta contienda

que, antecedió a su toma por las fuerzas leales al Gobierno que mandaba el General Ramón González Valencia que entonces dominaron a los rebeldes que dirigía el General Benjamín Ruiz.

No fue solamente la guerra su signo dominante. Sobre el dolor y saldos que los combates de las luchas civiles impusieron en vidas y en haciendas también le cupo al pueblo de Santander del Norte resistir con espíritu sereno y estoicismo continuado, otros infortunios como el terremoto que arrasó su capital en 1875 y el terrible flajelo de la fiebre amarilla y de la fiebre maligna, que sumaron nuevas víctimas al crecido número que arrojara esta sucesión dramática de dolores y de pruebas sin término, que sucesivamente señalaron su camino sin lograr torcerlo.

Quizá a ello se deba que hasta la violencia que sigue azotando a Colombia, de años para acá, haya escogido uno de sus núcleos estas breñas Nortesantandereanas para hacer suya, por lo menos aparentemente, esa simbiosis que reúne la trilogía "hombre-medio ambiente y destino", a fin de conseguir fuerza moral para su torcido propósito.

Sin que esto indique tesis que permita interpretar despropósitos que en nada encajan en el tema propuesto si lo es, en cambio, que por destino ineludible señalado a los pueblos, para Colombia será siempre urgente la ayuda Nortesantandereana en cada uno de los aspectos de su vida nacional, por lo mucho que ella ha significado y seguirá representando en el panorama de su desenvolvimiento.

Para fortuna de quienes somos Colombianos y desde los días iniciales de su historia, según se ha podido advertir, siempre se ha logrado esa partici-

pación y a fe que con ella se podrá seguir contando en los tiempos por venir y en todos los aspectos del desarrollo humano y social del país, pues así lo vienen probando los hijos de este digno suelo en el sagrado ministerio de la iglesia y la milicia; en los de la política y la administración pública; en la empresa oficial y privada, en los de la educación y el trabajo; en los del área urbana y la provincia campesina; en los del taller artesano, silencioso y familiar, y el trepidante de las grandes fábricas e industrias y en aquellos otros, en fin, en cuyo desempeño estén comprometidos los Ministros de Dios, los hombres de armas y los administradores civiles, que caracterizan los estamentos de base de toda organización social.

Por extensa y pródiga no cabría la cita de los valores representativos de este departamento en cada tiempo y en cada actividad. Baste para ello generalizar, a efecto de decir que esta tierra ha sido cuna de muchas heroínas y mártires, militares y estadistas; poetas y escritores; investigadores y profanos; historiadores y ensayistas; artistas y aprendices; letrados y estudiosos; santos y profanos en los que, como nota de honor, la nómina femenina brilla con mucha intensidad por su significación y permanente presencia, como lo estamos presenciando en el apogeo, cada vez más firme, de la mujer nortesantandereana que comparte los campos de la política y de la rectoría de los destinos de esta Patria chica.

Loor por ello, a la mujer de este querido rincón colombiano por cuanto ella ha significado como motivo de inspiración, santidad, sacrificio y ejemplo de virtudes a esa raza suya de cuyo origen mismo son ellas esperanza y milagrosa síntesis, en la suprema dignidad de esposas y de madres.

Señores y señores:

Destaco ante ustedes, la feliz coincidencia de haber llegado a esta ciudad "Milagro del Norte", hace exactamente dos años, en mi condición de Director Nacional de la D.C.C., a recibir un donativo de su pueblo, que fue el más significativo entre los recolectados en Colombia, para ayudar a los hermanos damnificados por el terremoto de Managua, de donde acabo de llegar para rendir tributo de admiración al pueblo de Santander del Norte a través de este modesto ensayo puesto a su digna consideración.

Sé que nada desconocido por ustedes, he traído a su consideración y, aunque resulte inocuo decirlo, en ello está el único mérito, si es que alguno tiene a su ilustrado juicio, de este empeño que busco relieves en su propio suelo y ante sus forjadores, la intrépida constancia de una raza que ha sabido enfrentar en toda época, los avatares impuestos por la vida.

Con el respeto merecido inclino, por ello, la frente para rendir mi homena-

je a las heroínas y patricios conocidos e ignotos, de esta tierra Nortesantandereana, tan dilatada en el cupo de su historia regional y, plenamente convencido de su conveniencia, vuelvo a proponer, ahora públicamente, la creación de la "Sociedad Santanderista de Colombia" para asegurar que se discorra en ella más devotamente sobre la vida y obra del héroe por excelencia en nuestra Patria y que a su rededor se congregue el museo, biblioteca y cuanto haya significado algo consustancial con su grandeza.

En breve plazo partiré de nuevo hacia la patria del príncipe de las letras castellanas. No podría hacerlo sin aprovechar esta ocasión para agradecerles de nuevo su generosa distinción conmigo y para decirles, con orgullo propio de colombiano y de soldado, que me honra haber llegado a la tierra de quienes cada día enaltecen esta Patria común, con su renovado presupuesto de servicio, que constituye para Colombia una promesa, una esperanza y una constante redención en su destino.